3. VOCACIÓN A LA SANTIDAD

Antes de empezar a ver las distintas vocaciones, debemos entender que todos somos llamados a vivir la santidad, es la vocación cristiana. La novedad de cómo se entienden las vocaciones en éstos últimos años radica precisamente en que las vocaciones se diferencian, distinguen y especifican por ser "modalidades" de la única y común vocación cristiana, como se expresa en la exhortación Christifideles laici.

En éste documento y en las exhortaciones posteriores se comprende que "Chistifideles, el fiel laico" es el sustantivo y la vocación específica es un adjetivo: secularis o laicus, regularis, religiosus/a o consecratus, ordinatus. Son modos calificativos, especificativos sí, pero no sustanciales, de vivir y realizar esa sustancia que es "ser cristiano".

Así, todo hijo de la Iglesia debe comprender que está llamado a ser santo. El ser siempre y enteramente santos, como santo es el que os llamó (1 Pe 1,15), santidad que pide la perfección en el amor.

«Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esa perfección empeñan los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo» (LG 40b)

La vocación a la vida cristiana y el llamado a la santidad son, pues, equivalentes, ya que todo fiel está llamado a la santidad, y la santidad está en la misma línea que la conformación con Aquel que es Maestro y Modelo de santidad. Nadie que realmente quiera ser cristiano puede considerarse exento del imperativo de aspirar a la santidad.

Ninguna excusa, como la dificultad de ese camino o las atracciones del mundo o lo complejo de la vida moderna, puede aducirse para escamotear el destino de felicidad al que Dios llama al hombre. No hay, pues, excusas válidas para desoír el llamado a caminar hacia la plenitud, hacia la felicidad plena.

Esta vinculación de la misma vida cristiana con la santidad está fundada en el bautismo, cuyas virtudes los bautizado deben procurar conservar, manteniéndose en la relación con Dios que la gracia posibilita, y evitando toda ruptura en esa relación fundamental.

Igualmente se trata no sólo de permanecer en el amor y así permanecer con Dios, sino de poner por obra la gracia amorosa que el Espíritu derrama en los corazones. El cristiano que realmente aspira a ser coherente, ha de vivir según la

fe en todos los momentos de su vida, nutriéndose de la gracia y celebrando la fe de tal modo que toda su vida se desarrolle en presencia de Dios, en espíritu de oración, aspirando a que los dinamismos de comunión se alienten en el ejemplo del don eucarístico.

La vida cristiana debe manifestarse cotidianamente y en todos los momentos. Así, cada uno irá cooperando desde su libertad con la gracia recibida, creciendo en amorosa adhesión al Señor Jesús y conformándose con Él, tendiendo a la perfección del amor de la que nos da paradigmático ejemplo.

«Todos los cristianos, por tanto, están llamados y obligados a tender a la santidad y a la perfección de su propio estado de vida» (LG 425). Es decir, todos, en los distintos estados y condiciones de vida, han de orientar su existencia según el Plan de Dios evitando dar cabida a pensamientos, sentimientos, deseos o acciones que obstaculizan ese designio divino y llevan a considerar como permanente este mundo que pasa, y buscando seguir cada vez más de cerca el Plan amoroso de Dios hasta producir los frutos del Espíritu, viviendo y actuando según Él.

Esta santidad es pues decisiva para la felicidad del ser humano. Es meta fundamental a la que se debe tender para alcanzar la plenitud. No es superflua, en lo más mínimo, aunque es gratuita. Todo creyente debe dejarse invadir por un intenso ardor por aspirar a la propia santidad. Todo bautizado debe tomar conciencia de qué significa realmente ser bautizado y valorar tan magno tesoro pensando, sintiendo y actuando como cristiano. Es, pues, necesario que cada uno ponga el mayor interés y dedique lo mejor de sí a responder a la gracia, cooperando con ella desde su libertad para vivir cristianamente y así acoger el designio divino y llegar a ser santo, para llegar a ser feliz.

En el proceso de valorar la santidad y de entusiasmarse por ella, hay una persona que ilumina toda santificación en la Iglesia. Es María, Virgen y Madre, que brilla ante todos como paradigma ejemplar de todas las virtudes. Ella que es el fruto adelantado de la reconciliación «en cierta manera reúne en sí y refleja las más altas verdades de la fe. Al honrarla en la predicación y en el culto, atrae a los creyentes hacia su Hijo, hacia su sacrificio y hacia el amor del Padre». María, por su adherencia y unión con el Señor Jesús, es modelo extraordinario de santidad, que se expresa en su fe, esperanza y amor, y desde esa santidad, ejerciendo tiernamente la tarea de ser Madre de todos sus «hijos en su Hijo», que le fue explicitada al pie de la Cruz, coopera a la santidad de cada uno ayudando a su nacimiento, guiándolo, educándolo en la adhesión y comunión con el Señor Jesús.

Fuente:
RUBIO Luis, Nuevas Vocaciones para un mundo nuevo, Ed. Sígueme, Salamanca, 2002.
Clerus.org en Vocación a la Santidad, Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, http://www.mscperu.org , 24 de septiembre de 2008.